

*El infinito en un junco. La invención de los libros
en el mundo antiguo.*

Irene Vallejo. Buenos Aires: de Bolsillo, 2021.

Carolina Loureiro
Coordinadora de Historia

El infinito en un junco es un ensayo sobre la invención de los libros en el mundo antiguo y un homenaje a quienes los han escrito, producido y salvaguardado por casi treinta siglos.

El ensayo, que abarca cuatrocientas páginas, reconstruye la historia de ese artefacto milenario, el libro, desde los tiempos de Alejandría hasta los de Roma y los albores del Renacimiento, destacando las peripecias que ha experimentado para sobrevivir.

Sin perder rigurosidad,¹ Vallejo se decanta por un tono divulgativo, en el que combina su formación filológica con su capacidad narrativa y poética. De esta manera, acerca la historia de los libros al público en general y permite que el lector se deje llevar como si se tratara de un relato de aventuras, en el que los recorridos de los personajes de la antigüedad se van articulando con hechos y fenómenos de la actualidad.

En el prólogo, el relato se inicia con la imagen de unos hombres a caballo que recorren los caminos de Grecia, por orden de Ptolomeo III, con la misión de conseguir todos los libros del mundo para alimentar la Biblioteca de Alejandría y hacer realidad los sueños de Alejandro Magno. De hecho, en dicha biblioteca habitaron los rollos de papiro con las mejores traducciones de la época y *convivieron las palabras de los griegos, los judíos, los egipcios, los iranios y los indios*. Allí, por supuesto, ocuparon un lugar privilegiado, con numerosas copias, la *Ilíada* y la *Odisea*, obras fundantes del pensamiento occidental.

Junto a la Biblioteca, el Museo de Alejandría es descrito como una de las instituciones más ambiciosas del helenismo, donde permanecieron los más destacados escritores, poetas, científicos y filósofos de la época. Durante siglos, el Museo reunió y alojó a una constelación de pensadores e investiga-

1 La primera parte del ensayo se divide en 87 capítulos cortos, mientras que la segunda se divide en 48 breves capítulos. Esta organización permite que, sin interrumpir la lectura con pies de página, al final de la obra se citen las fuentes consultadas para cada uno de esos capítulos. Estas referencias, la bibliografía consultada y un índice onomástico, agregan cincuenta páginas al libro, lo que muestra el intenso trabajo de documentación realizado.

dores tales como Euclides, Estratón, Aristarco, Eratóstenes, Herófilo, Arquímedes, Dionisio de Tracia, Calímaco y Apolonio de Rodas.

La inmensa tarea de la dinastía ptolomaica de abarcar todo el saber en Alejandría, dice la autora, resuena hasta nuestros días. Así, en el relato *La Biblioteca de Babel* de Borges, ese laberinto completo de todos los sueños y palabras deja entrever la idea de abrazar la totalidad de los libros. Y en nuestros días, esa totalidad guarda relación con la gigantesca red de Internet en la que navegamos a diario.

Remontándose hacia atrás en el tiempo, el hilo de la historia narrada llega hasta las tablillas de arcilla de la Mesopotamia, donde los sumerios desarrollaron la escritura cuneiforme. Tan temprano como el siglo XIII a.C., esas tablillas formaron parte de las primeras bibliotecas pertenecientes a reyes o a las escuelas de escribas. También los papiros, con los jeroglíficos egipcios que conformaban los textos sagrados de los templos, son reconocidos como los antepasados de los libros.

Después de estos sistemas ideográficos, hacia el 1250 a.C., los fenicios llegaron a establecer veintidós signos y ofrecieron el alfabeto que, más tarde, fue adaptado por los griegos. Estos últimos pusieron por escrito *las tradiciones orales que más amaban, salvándolas de las fragilidades de la memoria*, y multiplicaron los rollos de papiro en las bibliotecas que, a lo largo de los siguientes siglos, guardaron las ideas y obras de filósofos, poetas, dramaturgos e historiadores tales como Hesíodo, Heráclito, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Heródoto, Tucídides, Sócrates, Platón y Aristóteles, entre tantos otros. En las palabras de Vallejo estos nombres no permanecen en el vacío, sino que resuenan como ecos de un pasado que nos atraviesa y que se hace evidente en nuestra vida cotidiana, aunque no lo reconozcamos conscientemente.

Más adelante, el texto narra el origen de los pergaminos que tuvo lugar en el siglo II a.C., cuando Ptolomeo V interrumpió el suministro de papiro a una biblioteca rival fundada en Pérgamo (actual Turquía). Ante las dificultades, los especialistas de esa ciudad rescataron y perfeccionaron la antigua técnica de escribir sobre cuero, dando origen al “pergamino” que, sostiene la autora, cambió la fisonomía y el futuro de los libros.

En la segunda parte del libro, ya en Roma, el texto destaca el impacto y pervivencia de la herencia griega a lo largo de toda la historia del Imperio, no solo expresada en el rescate de los libros sino también de los conocimientos que, paradójicamente, los vencidos transmitieron a los hijos de los vencedores a través de impensados procesos educativos. Así, en distintos capítulos se muestra cómo muchos griegos esclavizados se transformaron en los maestros de la élite romana.

La asimilación de los conocimientos heredados y el desarrollo de nuevas ideas, la copia impresionante de textos, la multiplicación de bibliotecas

públicas, la educación y la proliferación de los códices (que suplantaron lentamente a los rollos) hicieron posible que un público cada vez más amplio y variado tuviera acceso a los libros. Así, en distintos sectores de la sociedad romana, comenzaron a resonar nombres como Horacio, Tácito, Séneca, y Ovidio. Este último, con su *Arte de amar*, cuestionó las ideas dominantes y estableció una intimidad, hasta entonces desconocida, entre un autor y las lectoras mujeres.

Estas lectoras, que hicieron todo lo posible por resguardar una obra amenazada por el poder del emperador, no aparecen en el texto como un caso aislado, sino que, a lo largo de todo el ensayo, Vallejo pone de relieve a las mujeres del mundo greco-romano que, a pesar de las dificultades impuestas en cada época, aportaron a la historia como sacerdotisas, poetas, guerreras, narradoras, oradoras, astrónomas, médicas, filósofas, etc. Incluso la idea de los libros como textos, remiten a las mujeres que se reunían con sus telares y ruecas para tejer mientras contaban cuentos, relatos y leyendas. Hoy, son muchas las expresiones que aluden a esta labor, y por eso hablamos con metáforas textiles para referirnos a *la trama del relato, el nudo del argumento, el hilo de una historia, el desenlace de la narración* [...].

Sin duda, la mayoría de las voces de las mujeres fueron silenciadas u olvidadas, pero la pervivencia de los libros de la antigüedad permitió recuperar pequeños fragmentos de las producciones o ideas que se asocian con nombres como Enheduanna, Safo, Cleobulina, Artemisia, Aspasia, Hipatia, Lastenia de Mantinea, Leoncia, Hiparquia de Maronea, Sulpicia, Cornelia, y muchos otros.

La defensa de los libros pone también, en la larga lista de los protagonistas de esta aventura, a miles de personajes anónimos como los narradores orales, escribas, copistas, iluminadores, traductores, bibliotecarios, maestros, esclavos, libreros, documentalistas, y lectores que hicieron posible la supervivencia de los textos. Estos salvadores enfrentaron, en distintas circunstancias, las amenazas del fuego, las guerras, la censura y las destrucciones masivas, resguardando la palabra escrita, o fragmentos de ella, y evitando la ruptura total de los frágiles hilos con los que la humanidad teje su memoria.

La herencia gigantesca de esos textos y palabras hoy continúa vigente en nuestra manera de pensar o de hablar. De allí que Vallejo sitúa en aquel periodo de la historia, el origen de términos de uso cotidiano como los “volúmenes” de un libro, el “rol” de un actor, o el “scroll” de la pantalla. De igual manera, en los tiempos del Imperio romano se forjan expresiones tan comunes en la actualidad, como la de “hablar largo y tendido” que deriva del gusto de los nobles romanos por tumbarse en sus cómodos divanes sobre almohadones de púrpura bordada, mientras les servían bebidas y manjares, para razonar tranquilamente los unos con los otros.

Más allá de los múltiples vocablos que llegan a nuestra lengua, en el último capítulo la autora hace un recuento de algunas de las mejores ideas que la humanidad ha conservado gracias a la supervivencia de los textos clásicos. Sin dejar de reconocer que los libros son también portadores de nuestros prejuicios y nuestros sesgos, la salvación de las mejores ideas ha hecho posible que hoy sigamos defendiendo el legado que reconoce la igualdad de los seres humanos, la democracia, la escuela pública, la lucha por los derechos de las mujeres y los servicios de salud al alcance de todos, entre otros.

Para finalizar, es importante mencionar que *El infinito en un junco* ganó el Premio El Ojo Crítico de Narrativa (2019) y el Premio Nacional de Ensayo (2020), otorgado por el Ministerio de Cultura de España. Estos galardones confirmaron el éxito que, tras su lanzamiento en septiembre del 2019, la obra ya había alcanzado con el público lector.